

RECENSIONES

Ceara Hatton, Miguel, *Tendencias Estructurales y Coyunturales de la Economía Dominicana 1968-1983*. Santo Domingo: Editora Nuevas Rutas, 1984. 265 págs.

Miguel Ceara acaba de publicar su libro "Tendencias estructurales y coyuntura de la economía dominicana, 1968-1983". Creo que es un libro que marcará una nueva época en la reflexión económica sobre el país, ya que explora algunos viejos problemas desde nuevas perspectivas. Hay un gran esfuerzo de síntesis y de crítica, hay una profundización en el tratamiento de temas en los que no se había llegado a la raíz. Pero sobre todo, hay creación y hay una viva confrontación de ideas.

Ceara parte de la Acumulación, como forma de producción y distribución del excedente, para descubrir el origen de la crisis económica dominicana y analizar el rol de la política económica del Estado en la creación y manejo de dicha crisis.

Tres ideas globales dirigen toda la investigación. En primer lugar, la política económica entre 1968 y 1977 se caracterizó por provocar el estancamiento económico a través de la creación de mecanismos internos que amplificaban los efectos de las crisis internacionales sobre el funcionamiento de la economía dominicana, pero que, además, autonomizaban los factores de estancamiento de la propia economía nacional. Esto se hizo provocando el desarrollo de un sector industrial desarraigado y desarticulado del resto de los sectores productivos locales, la descapitalización del sector agropecuario, una excesiva concentración del ingreso y una continua y progresiva erosión de los ingresos fiscales.

En segundo lugar, se diagnostica una tremenda crisis de inserción de la economía nacional en el mercado mundial, lo cual significa que se desploma el patrón de acumulación poniendo en tensión a todos los demás sectores y exigiendo una profunda reestructuración del aparato productivo local.

En tercer lugar, esta situación económica nacional y la implementación de una política económica neoliberal bajo la tutela del FMI en los últimos años es indicador y, además, alimenta una profunda crisis del pensamiento de política

económica dominicano que, a su vez, es producto de la crisis de la teoría económica en general.

Estas tres ideas centrales son muy bien demostradas a través de un adecuado manejo de la información y el análisis en todo el trayecto del libro. Ceara, además, realiza interesantes innovaciones en la manipulación y ordenamiento del material estadístico. Asimismo, saca jugosas interpretaciones de un modelo económico que formula para el país.

Se percibe que la investigación de Ceara converge y se nutre de los trabajos realizados por la Oficina Nacional de Planificación (ONAPLAN) durante 1980-1983, resumidos en "Lineamientos de política económica y programa de inversiones públicas" (1983). Esta convergencia se aprecia en el marco teórico y la hipótesis de trabajo utilizadas, así como por las conclusiones y la información estadística de base.

En el libro de Ceara existen, sin embargo, algunos vacíos importantes que queremos destacar. No se elabora acerca del marco mundial de la crisis económica y de los cambios estructurales de la división del trabajo a nivel mundial y regional (América Latina y/o el Caribe), o, si prefiere, de los reajustes en el patrón de acumulación en el plano internacional. Nunca será excesivo insistir en este aspecto, ya que es el plano en el cual se desarrollan los acontecimientos más importantes que tienen repercusión en economías pequeñas y abiertas como la nuestra. República Dominicana es objeto de estrategias por parte de los poderes mundiales, esas estrategias de acumulación transnacionales trabajan como un telón de fondo y como senderos estructurales por los que se conduce el funcionamiento de las economías caribeñas, por ejemplo, y es además el marco apropiado para analizar tanto las políticas económicas vigentes como las alternativas.

La cuestión tecnológica es otro gran vacío en la investigación de Ceara. Ella es indirectamente tratada a través del análisis de la productividad marginal de la inversión, de la suposición de un paquete tecnológico agroindustrial y de la relación capital-trabajo en la industria, pero incluso a este nivel no se especifican la rigideces, necesidades, posibilidades y articulaciones tecnológicas que están envueltas en la coyuntura y en la estructura del desenvolvimiento dominicano. La cuestión tecnológica está en el corazón mismo de la crisis global de la sociedad, además ella nos da uno de los ejes de vinculación entre economía, sociedad, recursos y cultura que Ceara dice estar buscando.

Una zona teórica y aplicada en la que es importante adentrarse para diagnosticar a profundidad el patrón de acumulación dominicano durante los últimos veinte años es el de la inversión pública y privada. Hay que penetrar esa categoría y esa realidad clave que es la inversión. Adentrarse en esta cuestión significa el análisis de los proyectos de inversión, analizar sus determinantes y sus posibles efectos, escrutar las rentabilidades y los precios relativos entre sectores y ramas,

las necesidades de complementación, etc. De nuevo estamos frente a un aspecto que develaría las entrañas mismas de la lógica económica del país.

Finalmente, existen otros dos aspectos que sobresalen entre los no tratados por Ceara, me refiero al rol de las empresas transnacionales (incluyendo a los bancos) y a las alternativas de política económica que surgen a la luz de su análisis (sobre esto último volveremos más adelante). De la misma forma en que hemos visto algunos vacíos, asimismo hemos percibido algunas hipótesis de trabajo con las cuales no estamos de acuerdo.

Ceara hace un paralelismo muy directo al identificar el mercado con el autoritarismo y a la democracia con la planificación (pág. 169). Creemos entender que Ceara quiere reforzar su criterio, que también nosotros compartimos, de que para la aplicación de las medidas de política neoliberales del FMI es necesaria la represión masiva y el autoritarismo, pero eso es una cosa y su generalización es otra. Además, esa generalización sin ningún elemento que la gradalice no sirve de mucho en el plano analítico, ya que en todas las sociedades modernas existen diferentes niveles de planificación y mercado en coexistencia. De la misma forma, no creo que pueda ser generalizado tan mecánicamente la relación entre política y economía.

En varios pasajes del libro (págs. 90-91 y 104) se afirma que, en el caso dominicano, el salario de los obreros de algunas ramas industriales no son un ingreso para los capitalistas (bienes de consumo duradero y de exportación). Creo que, por el contrario, los capitalistas dominicanos como clase sí transforman los salarios obreros en sus propios ingresos, aunque parte de ese salario agregado se convierta en importaciones (a través de la demanda de bienes extranjeros), ya que los importadores también son parte de esa clase global de los capitalistas.

Para Ceara gran parte de los bienes que produce la industria dominicana no entran en el consumo del proletariado debido a los bajos salarios, lo cual a su vez explica el pequeño tamaño del mercado para la industria en el país. Esto amerita vierta discusión. Primero, creo que los obreros industriales dominicanos consumen el grueso de los productos que produce la industria local, incluso los bienes de consumo duradero; una simple ojeada a la encuesta de ingresos y gastos familiares que ha realizado el Banco Central confirma esta apreciación. Segundo, no creo que el tamaño del mercado dominicano sea pequeño debido al salario de los obreros industriales, por el contrario, creo que es en los bajos salarios de los demás sectores (sobre todo en el agropecuario y el de exportaciones), en los escasos intercambios intersectoriales, en el bajo empleo industrial y en el desempleo en donde hay que buscar las razones de la pequeñez del mercado interno. No descarto la concentración del ingreso y la propiedad como factores muy importantes, pero no los creo suficientes. En conclusión: vemos lo mismo, pero lo vemos con amplitud y causalidad un poco diferente.

Ceara hace importantes esfuerzos en lograr un análisis que atraviese lo económico y lo político-social al mismo tiempo, pero creemos que su éxito es

parcial. Lo creemos así por el hecho de que no se logra explicar satisfactoriamente, por ejemplo, cuáles son las fuerzas sociales locales que empujan hacia la implementación del programa del FMI.

A nuestro entender la debilidad radica en que Ceara no parte de un análisis correcto de la estructura de clases actual en el país. En este sentido creemos que el elemento fundamental es la existencia de una fracción burguesa hegemónica al interior de las clases dominantes, y cuya característica esencial consiste en que reparte sus inversiones en casi todas las ramas de alta rentabilidad de la economía nacional (exportaciones, industria, construcción, finanzas, importación, turismo), esto le permite enfrentar a las fracciones de clases dominantes de cada rama económica en particular con éxito y tener una estrategia política que incluya la reducción del tamaño del Estado en la economía y la readecuación de la inserción del país en la división internacional del trabajo, aunque esto cueste la destrucción de parte del aparato productivo local. Además, su carácter esencialmente financiero e importador-exportador ha preparado a dicha fracción, en este terreno para aprovechar eficazmente los incentivos que el Estado asigna a las nuevas ramas de acumulación en asociación con el capital transnacional. Estudios de esta naturaleza todavía no se han profundizado en el país, pero creo que la situación anda cerca de ésto.

Ceara plantea que desde 1966 se produce un cambio en el rol del Estado en la economía dominicana, dice que desde ese momento su rol es el de "construir la infraestructura básica económica-social" (pág. 42). Creemos que éste ha sido el rol esencial del Estado dominicano desde su proceso de formación a finales del siglo pasado e inicios de éste. No conocemos ningún proyecto industrial, agropecuario o minero de envergadura que haya realizado el Estado antes de esa fecha (hay pocas excepciones, como la armería), el grueso de las inversiones y transferencias de empresas agropecuarias, industriales y mineras son paradójicamente de las décadas del sesenta y setenta. En realidad, creo que lo que efectivamente ocurre es que a partir de la fecha que indica Ceara es que el Estado recupera su capacidad de ahorro y vuelve al énfasis en las inversiones infraestructurales que se había perdido en el corto período de 1960-1966.

Ceara afirma que las industrias establecidas en el país antes de la presidencia del Dr. Balaguer, eran producto de un proceso de industrialización "espontáneo", mientras que el proceso de industrialización posterior fue "deliberado" (págl 48). Si bien es cierto que una situación de desabastecimiento externo en una economía primario-exportadora puede generar procesos artesanales y hasta procesos industriales espontáneos. (Esta situación se produjo en el país en 1930-33, 1942-45 y en 1959-61, pero no es mencionado por Ceara, para él la espontaneidad es menos restringida que eso y más producto de un auge), no es menos cierto que la voluntad de mantener esas industrias (por medio del crédito, libertad de precios, mercados cautivos, prohibición de importaciones, etc.) que caracterizó las políticas de Trujillo para con las industrias creadas por su propia

iniciativa de Trujillo para con las industrias creadas por su propia iniciativa no pueden ser caracterizadas, a su vez, como de espontánea. Otra discusión, quizás más interesante, es la de cuestionar estos procesos de industrialización como simples procesos de agregación de valor local a materias primas importadas y no de complejización y complementación industrial e intersectorial; incluso desde este punto de vista resulta difícil valorar con mejor espíritu el proceso balague-rista que el trujillista, ya que en el período posterior a la muerte de Trujillo las agroindustrias que usaban materias primas nacionales han sido transformadas por el uso más intenso y extenso de insumos importados (grasas, leche, tabaco, etc.).

No veo de manera tan determinista como lo ve Ceara el hecho de que las actuales políticas de desarrollo agropecuario desemboquen en una mayor pobreza rural y en una rápida desintegración de la pequeña agricultura de subsistencia (Págs. 232-233). Hay ejemplos concretos que indican que la dialéctica de la situación y dinámica rural es más compleja, contradictoria y lenta. Es indudable que ha aumentado la rentabilidad de la producción agropecuaria de casi todos los tipos de unidades productivas y cultivos; también es indudable que la desintegración de la masa de semiproletarios (obreros estacionales con menos de 30 tareas de mediana calidad que alcanza unos 200 mil personas) como ha sucedido en otros países con más intensas políticas de esta naturaleza, se verifique muy lentamente. Tampoco comparto la idea de que el objetivo último del proceso de reforma agraria propiciado por Balaguer consistía en convertir a los campesinos en empresarios capitalistas (pág. 100). Si hubiera sido así no se crean las fincas colectivas del Estado, ni se deja en la misera a los decenas de miles de campesinos que asentó en proyectos no colectivos sin infraestructura ni crédito.

Ceara plantea que no es cierto que el aumento del crédito al sector público en los últimos años haya afectado el crédito potencial al sector privado (fenómeno llamado "crowding out" por los monetaristas), ya que el gobierno acude muy pocas veces a los mercados privados de capitales. Comparto con Ceara la idea de que este argumento de los neoliberales busca enfrenar al Estado como agente económico para la redistribución del ingreso y el desarrollo, pero también creo que en la realidad es cierta la situación de que el crédito al Estado afecta las necesidades de capital de trabajo del sector privado; muestra de ello es el desarrollo de un poderoso sector financiero "informal" con estrechos vínculos con los bancos comerciales "formales". La cuestión a resaltar acá es la razón por la cual el Estado se ve forzado a esta situación: a) bajos impuestos directos y evasión de los existentes por parte del sector privado, y b) bajo efecto de impulso económico y de mejoría en el bienestar social de la actividad del sector privado a nivel agregado del país.

Creo que a este respecto hay que ser positivamente agresivo, admitiendo y explicando los argumentos lógicos y banales de los monetaristas. Las actividades del sector privado son rentables, por lo tanto es ese sector el que debe ir a los

mercados de dinero caro. (No niego la necesidad de apoyo estatal a las ramas estratégicas y a las pequeñas industrias y explotaciones agropecuarias).

El sector privado debe enfrentar su propio engendro. Finalmente, pienso que Ceara no maneja adecuadamente la dialéctica entre algunos de los elementos contradictorios que componen la política económica del actual gobierno y el programa del Fondo. Analíticamente, no se esclarecen cuáles elementos funcionan para el progreso de la economía nacional y cuáles son los que definen el retroceso de ésta, cuáles fueron los elementos que imprimieron perversidad y cuáles cierta bondad. Esto se encuentra vinculado, a nuestro entender, al hecho de que el autor no se haya establecido la necesidad de elaborar los lineamientos de un programa de políticas alternativas. Insisto en este punto, ya que es de crucial importancia para que el ejercicio de la crítica a través de la teoría y la ciencia tenga resultados fructíferos. Su crítica abre un umbral de posibilidades, pero el umbral resulta demasiado amplio para un margen de maniobra demasiado estrecho y definido.

Varios elementos del análisis de Ceara nos servirán para ilustrar este punto. Primero, el autor critica la política de exportaciones y sus resultados, pero no conviene en admitir que aumentar y diversificar las exportaciones es un objetivo de primer orden en la economía dominicana contemporánea. Si, estamos de acuerdo en que al mercado y otras medidas tienden a "autoderrotar" las políticas vigentes, pero es necesario distinguir entre una cosa y la obra porque ello dará más realismo y verdad a la crítica en busca de la alternativa (que, por ejemplo, puede ser la adecuada combinación entre sustitución eficiente de importaciones y la promoción de exportaciones en el marco de un programa de industrialización en ramas específicas vinculado a un préstamo sectorial del Banco Mundial, bien formulado y mejor negociado).

De la misma forma, Ceara reconoce la necesidad de profundizar y hacer eficiente el viejo proceso de sustitución de importaciones, pero no analiza desde esta perspectiva las medidas tomadas, como tampoco ve los detalles sectoriales que inhiben o podrían potenciar dicho proceso. Su vuelo es muy macroeconómico en este aspecto.

Segundo, no es justamente analizada la política oficial de aumentos de los precios de sustentación de los productos agropecuarios ni su núcleo contradictorio en el marco de las políticas. Aumentar los precios pagados a los campesinos por sus cosechas era una vieja reivindicación que al mismo Ceara planteaba en anteriores trabajos suyos, pero que no importantiza lo suficiente en este último. No se destaca como ese mismo aumento de precios se "autoderrota" por la forma inmediata en que el aumento del costo de los insumos y la congelación del crédito agrícola repercuten.

Tercero, la cuestión agroindustrial sólo se analiza desde una perspectiva residual y aleatoria en la medida en que se supone su transnacionalización y el uso de un paquete tecnológico sofisticado y caro. Da la impresión de que no se

profundiza lo suficiente como para tener conclusiones más ricas que éstas, no se vislumbran alternativas a la política planteada, no hay previsto el análisis de las alternativas al sector azucarero.

En fin, Ceara prepara el terreno de manera tal que queda una gran llanura en la cual librar importantes batallas, pero todavía falta despejar algunos matorrales y, sobre todo, faltan las simientes que deberán plantarse para construir las bases de sustentación de la moderna economía nacional.

Edwin Croes



Calder, Bruce J., *The Impact of Intervention. The Dominican Republic during the U.S. Occupation of 1916-1924*. Austin: The University of Texas Press, 1984. 334 págs e ilustraciones.

En 1984 fue editado por la Universidad de Texas el excelente estudio de Bruce Calder *The Impact of Intervention*. El texto resulta de modificaciones efectuadas por el autor a su tesis de doctorado en esa Universidad, presentada en 1974.

La obra persigue estudiar la ocupación militar de los Estados Unidos entre 1916 y 1924. Sin temor a dudas, puede sostenerse que se trata del estudio académico más acabado y riguroso sobre ese período de la historia dominicana. Estamos en presencia de un acontecimiento bibliográfico que tendrá repercusiones en algunos lineamientos del análisis sobre la historia reciente de la República. Bruce Calder utiliza una amplia bibliografía, al punto que podría calificarse de exhaustiva, y, más que nada, incorpora un sensible peldaño del conocimiento histórico al utilizar rigurosamente las amplias fuentes existentes en archivos norteamericanos, sobre todo en los Archivos Nacionales de Washington.

Sobre la contribución empírica que resulta de la labor en archivos se coloca la novedad interpretativa. El texto formula un cuestionario global acerca de la ocupación, concluyendo en una teoría de la misma, la que se teje en sucesivos momentos acerca de variados problemas sobre la realidad dominicana y la política norteamericana. Calder formula tesis de gran consistencia acerca de la trama de situaciones que determinaron la ocupación militar por parte del imperialismo, pasando a considerar sus efectos en un sentido social global, y enfatizando en las prácticas estatales de la infantería de marina en los movimientos sociales que generó el gobierno extranjero, sobre todo el movimiento guerrillero del campesinado del Este y la movilización nacionalista de las capas medias urbanas.

Adscrito a los lineamientos teóricos de la historia social, y con más especificidad a la teoría de la dependencia, Calder, sin embargo, no se atiene a fórmulas teóricas generales, sino que, como buen historiador, elabora su teoría a partir de un procedimiento inductivo, fuertemente matizado por lo que extrae del análisis documental. Para algunos, el procedimiento podría aparecer criticable desde el ángulo metodológico: pero, soslayando la posible discusión que se derive de estos aspectos, debemos, no obstante, destacar la viva riqueza que resulta de la metodología empleada.

En la introducción a su texto, el autor se pronuncia por un procedimiento intermedio entre lo que califica de proclividad documentalista, de parte de los historiadores norteamericanos, y el énfasis en conclusiones teóricas por parte de los historiadores latinoamericanos; el resultado es una obra equilibrada y concebida con la coherencia buscada por sus lineamientos metodológicos. Aunque seamos partícipes del sesgo teórico comentado en el prólogo, en principio entendemos que nada es objetable en el procedimiento metodológico utilizado. La realidad histórica es tan vasta que a pesar del relativo sesgo empírico que muestra Calder, ha logrado una valiosa contribución a la interpretación de un importante capítulo de nuestra historia contemporánea. No obstante, múltiples observaciones pueden señalarse, precisamente a consecuencia de las contribuciones que aportan las nuevas problemáticas esbozadas y los intentos de respuestas.

Es probable que dos áreas concentren las innovaciones de este libro. La primera, la referente a las políticas económicas del gobierno de ocupación y, la segunda, acerca del vasto movimiento de resistencia campesina en el Este. El primer aspecto está referido a una crucial hipótesis: el supuesto de que "la causa de mayor importancia de la ocupación de los Estados Unidos en la República Dominicana, aparte de la lógica de su involucramiento en los asuntos dominicanos, fue estratégica: el deseo de proteger las cercanías de su costa sur y del canal de Panamá..."; de donde concluye que las motivaciones de Estados Unidos de proteger su control sobre la economía dominicana fueron de importancia menor. Para Calder, así, la ocupación militar formó parte de una onda expansiva, de una etapa de la historia de los Estados Unidos, y en parte por esa razón, careció de programas claros: más aún, concluye en que se caracterizó por inconsistencias fundamentales. A lo sumo, los *marines* siguieron patrones de acción ya establecidos en anteriores experiencias coloniales de Estados Unidos: Puerto Rico, Filipinas, Cuba, etc. De tal patrón se derivaron programas y reformas en la educación y la salud, la creación de una red de carreteras y otros importantes proyectos de obras públicas, el establecimiento de un ejército teóricamente apolítico, reformas fiscales, cambios en el sistema de propiedad territorial y la inauguración de servicios agrícolas gubernamentales, entre otros elementos.

A pesar de resaltar la influencia del capital extranjero en los cambios operados en los ocho años, para Calder se produjo una problemática relación entre el capital monopólico norteamericano y el gobierno militar. Consta por ello "una situación sorprendentemente ambigua. Algunas leyes sustancialmente favorecieron intereses norteamericanos; otras hicieron precisamente lo contrario. Parece que algunos funcionarios de la ocupación actuaron no sólo como agentes del imperialismo, sino, además, como representantes de las tendencias políticas al interior de los Estados Unidos, particularmente el movimiento populista-progresista de esa época" (traducción libre, nuestra, R.C.).

Con esa argumentación, Calder efectúa un descubrimiento que complejiza en lo adelante la visión sobre la política social de los marines. Sin embargo, se le pueden formular varias objeciones, por lo menos las dos siguientes: la no incorporación de la teoría del Estado capitalista como aparato colocado por encima de la sociedad, que supone la posibilidad de una práctica universalista a favor de la dinámica burguesa; en segundo lugar, podría imputarse la relativización de los efectos concretos de la ocupación en relación a la escalada de la inversión monopólica, en aras de una consideración prioritaria de los conflictos políticos como medida de juicio.

Entendemos, en consecuencia, que los alejamientos relativos que Calder describe del aparato público respecto a las compañías azucareras eran funcionales al interés capitalista general, incluido el de esas propias compañías. Para nosotros es concluyente que una de las áreas básicas de transformaciones operadas en esos años fuese la expansión azucarera y la primacía del capital monopólico como sustituto de compañías norteamericanas no involucradas en la fase monopólica. Dicho cambio, por otra parte, no puede atribuirse a factores circunstanciales exclusivamente, como lo hace Calder, sino que, en gran medida, fue resultado de los cambios institucionales y de las políticas sociales operadas por los marines en el plano local.

El segundo aspecto que se destaca de la lectura de la obra es de consecuencias mayores. En efecto, a la historia del gavillerismo en el Este la obra le dedica tres capítulos llenos de ricas interpretaciones y de informaciones rescatadas de los archivos norteamericanos. En el análisis del gavillerismo el autor adopta una actitud de alineamiento con el movimiento campesino, lo que de por sí coloca la obra en la corriente progresiva de la historiografía. Justamente, Calder destaca la paradoja de que un movimiento de esa magnitud haya yacido en la oscuridad; entre las razones de ello plantea, por un lado, el propósito de los ocupantes "de deformar la real naturaleza de los hechos en el Este al identificar a los rebeldes como "bandidos"; para Calder se trató de un ejemplo clásico de los "rebeldes primitivos" de Hobsbawm, "cuyas motivaciones y acciones a veces entrecruzaban las líneas indefinidas que separan los motivos políticos de los personales". En cuanto a las motivaciones de los autores dominicanos ubica la falta de infor-

mación, como resultado de la distancia entre la sociedad urbana y el campesinado.

La guerrilla fue, ante todo, un complejo resultado de las condiciones socio-económicas del Este, donde se producía un cambio desde la agricultura de subsistencia y el pastoreo a la producción azucarera capitalista. "En esta revolución económica sobrevino una revolución social que destruyó el tipo de vida tradicional y dejó no resueltos problemas sociales, amarguras y tensiones".

El segundo factor relevante fue el sistema político caudillista proveniente del subdesarrollo de la región. Los marines, al cuestionar el poder de los caudillos, los incitaron a la guerra. Empero, ese factor fue sólo la chispa de la violencia, porque "los desposeídos, los desempleados, los trabajadores explotados y los pequeños campesinos amenazados fueron fácilmente reclutados por la guerrilla. Esos dominicanos, junto con otros muchos compelidos por los marines en su conducta desastrosa dentro de una guerra que ellos no entendían, fueron suficientes para prolongar la conflagración por más de cinco años".

Para entender los efectos de esa revolución económica, Calder ofrece una teoría de las clases sociales, en gran medida retomando las conclusiones de una tesis doctoral de otro norteamericano, George William Lloyd, presentada en la Universidad de Clark en 1928. La pobreza era la condición de la gran mayoría de dominicanos, siendo los beneficios del sistema económico limitados a los extranjeros y a la élite dominicana. La composición de esta última provenía del subdesarrollo y actuaba como un obstáculo suplementario a algo mejor. Para Calder, esta élite se identificaba al sector social superior de las ciudades, y, a su vez, se dividía en dos estratos que podrían describirse en un sentido de distinciones de castas: la gente de primera y la gente de segunda, estando los últimos también diferenciados de la masa, pero sin las credenciales, riqueza y educación de la más alta sociedad. En las ciudades se podían distinguir dos grandes grupos entre la población trabajadora: el primero, el de los artesanos, operarios, pequeños comerciantes, escribanos y otros; más abajo, la baja clase: peones, sirvientas, unos pocos trabajadores fabriles y los desempleados.

Para los fines de su análisis, está aquí presente una base suficiente en cuanto a los sectores sociales de la época, pero se debe observar que, igual que respecto a la política social de los marines, Calder condiciona en mucho sus marcos de análisis a parámetros provenientes de los documentos; en este caso se complementan con la recuperación de las tesis de Lloyd, obviamente de carácter funcionalista, que, aunque describen empíricamente una realidad o situaciones específicas de la estructura social dominicana de entonces, no dan cuenta de las determinaciones de las relaciones de producción sobre los sectores sociales.

El tratamiento del gavillerismo, a pesar de lo antes señalado, alcanza niveles de explicación que bien puede calificarse de definitivos, conformando una trama fascinante, de una calidad historiográfica con pocos precedentes en la

explicación de nuestra historia. Por medio está una explicación sistematizada, a nuestro juicio plenamente válida, de las actitudes vitales de la clase campesina y de sus efectos en el entorno político del Este al iniciarse la ocupación imperialista. De esos términos de análisis, Calder concluye en la organicidad clasista de la guerrilla. Pero, más allá de ese grado de explicación, incorpora un tramado complejo de circunstancias históricas y procede a la percepción del desenvolvimiento concreto de los procesos. En cortas notas resulta imposible pretender sintetizar lo que sobre el particular trae el discurso del autor; entre otros factores adicionales, introduce la violencia de los ocupantes y el desprecio rampante que profesaban hacia los dominicanos como un multiplicador de la rebelión agraria. Las bandas gavilleras son descritas de forma precisa en lo que compete a la diversidad de motivaciones presentes en ellas, de lo cual puede concluirse que la base social del movimiento estuvo detonada por el fenómeno nacional de resistencia al ocupante extranjero.

En lo que la obra se traduce al castellano y se publica en nuestro país, sería de alto interés que, por lo menos los tres capítulos dedicados a los gavilleros se publicasen en alguna revista nacional. Ofrecerán una amplia materia para la reflexión sobre uno de los episodios más importantes y complejos de las luchas sociales en la República Dominicana. Tenemos a mano un texto llamado a tener resonancias similares al que escribiera otro norteamericano, Melvin Knight, sobre el mismo tema, varias décadas atrás.

Roberto Cassá



LA REVISTA DE LA FAMILIA DOMINICANA

Apartado Postal 1104, Santo Domingo (Oficina Principal)
Apartado Postal 507, Santiago, R. D.